

Figuras relevantes de nuestra nacionalidad

ANA BETANCOURT

Por Perla Cartaya Cotta

"La mujer... esperaba paciente y resignada esta hora hermosa, en que una revolución nueva rompe su yugo y le desata las alas"

Ana Betancourt



Ana Betancourt Agramonte, hija de Diego Alonso y Angela, nació en la legendaria villa de Puerto Príncipe (hoy Camagüey), el día 14 de diciembre de 1832. Sus padres, camagüeyanos también, procedían de familias distinguidas por sus antecesores (originalmente franceses, en el caso de los Betancourt), los cargos que desempeñaron, los bienes que poseían y las inmejorables costumbres -de acuerdo con los patrones morales de la época- que transmitieron a sus hijos. La infancia de Ana transcurrió alegremente, a pesar de la separación de sus padres, inmersa en las exigencias patriarcales de entonces que consideraban pecaminoso, para la mujer, leer y escribir. Y aunque ella no tenía por qué saberlo, comenzaba en Europa el "movimiento feminista".

A los 22 años, Ana era una joven muy bella, codiciada por los mejores partidos de la floreciente burguesía camagüeyana. Pero su corazón sólo cedió ante Ignacio Mora de la Pera, un joven que acababa de llegar del Viejo Mundo, imbuido de ideas libertarias. Sus vidas se unieron para siempre ese mismo año (1854) en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Soledad. Ella misma diría de él: "Compartió conmigo no sólo sus bienes materiales, sino sus conocimientos intelectuales".¹ A su lado asimiló las ideas políticas y revolucionarias que él defendía, acrecentándose el amor patrio. Y a pesar de no tener hijos pudieron alcanzar una profunda compenetración espiritual. Ana llegó a ser una mujer

culta y apta para compartir la vida de un hombre revolucionario y de talento. Estudió idiomas por vía autodidacta y fue la tierna amanuense del esposo, que se sintió feliz por su participación en la redacción y revisión de los artículos que publicaba en los diarios.

Los patriotas camagüeyanos venían conspirando secretamente mucho antes de octubre de 1868, mediante organizaciones masónicas, procurando distribuir hojas impresas clandestinamente y entrar en contacto con otras provincias. El levantamiento insurreccional de Camagüey debía estallar en 1869. Pero Carlos Manuel de Céspedes, al tener noticias de que serían detenidos todos los conspiradores, se adelantó a la represión que se avecinaba y dio el grito de "independencia o muerte" el 10 de octubre de 1868. El día 3 de noviembre Ana vio partir a su esposo para incorporarse a la lucha... "Y muerto tú... ¿qué haré yo sola en el mundo? -le dijo afligida-. Uneme a tu destino... como tú, deseo consagrarle mi vida a mi patria..."²

Ana permaneció en su hogar de la calle Mayor, que fue casa de revolución: propaganda... correo... depósito de armas y medicina... refugio para los emisarios de otras provincias... redacción de proclamas que personalmente repartió. Fue designada agente del comité revolucionario. Y cuando su esposo dio vida a El cubano libre (periódico manuscrito), ella lo hizo circular por toda la zona... Tantas y tan arriesgadas misiones desempeñó que el gobernador Julián de Mena, enterado de su actividad clandestina, ordenó su arresto... ¡Pero Dios permitió que un digno oficial español lograra avisarle!... La intrépida mujer escapó hacia la finca "La Matilde", en Sibanicú, propiedad del padre político de Ignacio Agramonte. Allí pudieron abrazarse y amarse nuevamente

Ana e Ignacio.

El 10 de abril de 1869 fue la fecha escogida para iniciar en Guáimaro la trascendental Asamblea donde discutirían el proyecto de Constitución y todo lo concerniente a la República de Cuba en Armas. El matrimonio Mora-Betancourt asistió a ese histórico evento. El día 14 ella, osada, pidió la palabra: "Ciudadanos: aquí todo era esclavo; la cuna, el color y el sexo. Vosotros queréis destruir la esclavitud de la cuna peleando hasta morir. Habéis destruido la esclavitud del color emancipando al siervo. Llegó el momento de libertar a la mujer..."³ ¡Guáimaro entero la vitoreó!... Carlos Manuel de Céspedes, Presidente de la República en Armas, tras abrazarla vaticinó que algún día un historiador cubano diría de ella que se anticipó a su siglo pidiendo la emancipación de la mujer.

¿Después?... El incendio de Guáimaro... Reuniones... El esposo, enfermo, impedido de hacer vida guerrillera... Ella, animosa y optimista...El, tullido y casi ciego, cobró aliento para escribir El Mambí, que fue, según parece, el primer periódico impreso de la insurrección. Nadie logró menguar el ánimo de Ana... Tal vez por eso Ignacio pudo recuperarse. Y cuando, en 1871, fue sorprendida junto a él, gracias a una hábil estratagema consiguió que escapara... pero ella cayó en poder del enemigo. Valiente siempre, se mantuvo impasible ante la amenaza de ser fusilada si no pedía a Ignacio que se presentase a las autoridades españolas. Logró fugarse. Y no tuvo otro camino que embarcar para New York, vía Veracruz, como deportada política.

Visitó al presidente de los Estados Unidos, Ulises Grant, en nombre de las madres cubanas, para que gestionara ante el gobierno español el indulto de los estudiantes de medicina acusados de haber profanado la tumba del periodista español Gonzalo de Castañón. Estos jóvenes fueron fusilados el 27 de noviembre de

1871. La vida la condujo a Kingston, Jamaica y, para vivir, se dedicó a dar clases, a bordar y hacer flores. Dirigirá, más adelante, una escuela evangélica para niñas cubanas. Desterrada por la injusticia -como Heredia, Varela, Saco y tantos otros-, supo del fusilamiento del esposo. Pero ni el desgarrador dolor que su muerte le ocasionó la hizo desistir de su esperanza patriótica... Será obrera en un taller neoyorquino... directora de escuela en El Salvador... Y un nuevo golpe: el del Pacto del Zanjón. Después de este hecho su hermano Pepe la condujo, engañada, a la añorada Isla. Pero ella sintió que nada la retenía en Cuba española. Pienso que mucho debió de sufrir, viuda y sin hogar propio, y sin un palmo de tierra libre en la patria. No quiso estar ajena a la preparación de la segunda etapa de la guerra. Cuatro años después dejó atrás la llanura camagüeyana y la tumba amada. Siempre añoró el regreso definitivo a la patria libre. Pero esto solo se produjo 67 años después de su muerte, que ocurrió en Madrid el 7 de febrero de 1901. Se fue de la vida lentamente, sin dejar de realizar cuanto pudiera por el bien de Cuba... De Martí dijo: "...Tiene el don de conmover los corazones con su entusiasmo y su fe... Martí es un carácter..."⁴ ...Y Martí expresó de ella: "...la elocuencia es arenga, y en el noble tumulto, una mujer de oratoria vibrante... anuncia que el fuego de la libertad y el ansia del martirio no calientan con más viveza el alma del hombre que la de la mujer cubana".⁵ Ω

Notas

1.- Ana Betancourt de Mora: "Apuntes biográficos de la familia Mora", Revista del Colegio de Belén, mayo-julio, 1933, pag. 258.

2.- Ibídem: 25.

3.- Academia de la Historia de Cuba. Archivo de Gonzalo de Quesada. Epistolario, La Habana, 1948, pag 34.

4.- Ibídem 3, pag. 48.

5.- Patria, 10 de abril de 1892.



Un bastón
para
el camino
y nada más.